

## S E R M O N

## DE SAN FELIPE Y SANTIAGO.

*Nos autem diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos.* Joann. 1. cap. 4. v. 19.

COMO nuestro Dios es la primera bondad, debe ser amado de todas las criaturas; y aquel amor que no se dirige à su Magestad como à su centro, es desordenado y criminal: *Deus centrum est totius amoris.* Como no solamente es bondad, sino bondad infinita, merece ser infinitamente amado, y se debe desear con el Real Profeta David, que todas las partes de nuestro cuerpo fuesen capaces de bendecirle y de amarle: *Omnia ossa mea dicent, Domine quis similis tibi?* Pero à mas de estas dos poderosas razones, debemos tambien amarle, porque primero nos amó su Magestad à nosotros, y su amor de benevolencia nos pide un amor de reconocimiento y de justicia: *Si piget amare,* dice San Bernardo, *non piget redamare.* Esta consideracion poderosa obligó, sin duda, à los dos Apostoles, cuya Festividad solemniza hoy la Iglesia, à amar al unico Hijo de Dios. Su Magestad se adelantó à amarlos, y previno su merito, llamandolos à su servicio. Les dió, à mas de esto, empleos en su Iglesia, antes que ellos conociesen su bondad, y murió por su salvacion, antes que pudiesen morir por su gloria. Es, pues, muy cierto, que su amor fue causa del amor de es-

tos dos Apostoles, los cuales arrebatados del exceso con que el Señor los habia amado, trataron de amarle con todas sus fuerzas, y agradecer un amor infinito con un amor extremado: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos.* Y así, no se les puede negar, sin injusticia, la gloriosa qualidad de fieles amantes de Jesu-Christo. Mas siendo el Espiritu Santo el que inspira este divino amor, no nos empeñemos en un discurso del amor, sin haber implorado la asistencia de aquel Divino Espiritu, y para alcanzarla con mas prontitud, interpongamos el credito de la Madre del amor, diciendola con el Angel, que la anunció el Misterio del amor:

## AVE MARIA.

No tengo yo dificultad en creer con San Agustin, que la unica virtud del Christianismo es el amor, y que todas las demás no son otra cosa, que unos diversos gyros ò movimientos de aquella virtud. Y à la verdad, quien examinase bien la naturaleza del amor, hallará, que todas las demás virtudes no son mas que unos amores disfrazados. La prudencia, por exemplo, es un amor ilustrado, que elige todos aquellos medios, que la pueden conducir, para la consecucion del bien que ama. La Fortaleza, es un amor generoso, que vence todas las dificultades, y trastorna todos los obstáculos, que se oponen à las diligencias que hace para alcanzar la posesion de lo que ama. La templanza, es un amor incorruptible, que lucha contra todos los objetos agradables que intentan seducirla, y hacerla infiel à lo que ama. La Justicia, es un amor racional, que se sujeta à lo que ama, y tiene su gloria en mandar, obediendole,

Y siendo esta máxima infalible, ò quando menos indubitable, como apoyada que es en la autoridad y sabiduria de San Agustin, y confirmada por la experiencia, es necesario inferir, que todos los Christianos son amantes, y que si entre los Angeles hay ordenes diferentes, que honran las diferentes perfecciones de Dios, entre los fieles no hay mas clase que la de los amantes que adoran su bondad.

Mas como las virtudes morales, no porque sean unos amores disfrazados, dexan de ser diferentes entre sí; tambien los Christianos, aunque todos sean amantes, no dexan de tener sus diferencias, distinguiendose unos de otros por los diversos grados y qualidades de su amor. Y como la bondad de Dios en su extension infinita tiené mil atractivos, que la hacen infinitamente amable, causa entre los Christianos mil amores, que llevan un mismo nombre, porque se dirigen à un mismo objecto; pero que se diferencian en sus propiedades, porque miran à un objeto infinito. Los Apostoles, à quienes hoy celebramos, autorizan esta verdad, haciendonos vér, que todos los Christianos son amantes, y que todos los Christianos son diferentes en el amor; porque San Felipe y Santiago aman à Jesu-Christo, y le aman con diversidad. San Felipe manifiesta su amor en sus luces, en su zelo, y en sus sufrimientos. Santiago le declara en sus ayunos, en sus oraciones, y en el deséo de la salvacion de sus mismos enemigos. Veamos, pues, este amor con todas sus diferencias.

#### PRIMER PUNTO DE LA PRIMERA PARTE.

Es difícil de juzgar, si es necesario que el amor preceda al conocimiento, ó el conocimiento preceda al

al amor. Cada partido tiene sus razones, y puede defender su opinion con mucha justicia. Mas para evitar el ardor de una disputa, que siempre es enemiga de la verdad, digamos con San Agustin, que el conocimiento produce el amor; porque no sabríamos amar lo que no conocemos: *Ignoti nulla cupido*: pero que en la continuacion y progresos, el amor aumenta el conocimiento; porque si no amamos una cosa, no nos dá pena el no conocerla.

San Felipe, ilustrado con las luces de la fé, conocia al Eterno Padre; porque este conocimiento, aunque imperfecto, habia hecho nacer en su voluntad algun amor, y este amor le inspiraba deseos de conocerle mejor, para mejor amarle. Por este motivo, dirigiendose à su Hijo, le suplicó, como la gracia mayor que podia desear, le hiciese conocer à su Padre: *Ostende nobis Patrem, & sufficit nobis* (a). Y efectivamente, no necesitamos de otra cosa, que la de este divino conocimiento; todos los demás son inútiles ò peligrosos, y solo sirven para mantenernos en nuestra ignorancia ò en nuestro orgullo; porque ò hinchán nuestro espíritu, ò le ofuscan; y como todas las cosas del mundo son tinieblas y vanidad, producen estos efectos en el alma de los que las conocen y juntamente las aman. Pero el conocimiento de Dios, produce luz y humildad, y como nos descubre sus grandezas y nuestras miserias, nos inspira mucho amor ácia su Magestad, y mucho desprecio de nosotros mismos.

Aquel grande hombre (Moysés digo) que habia conversado tantas veces con su Magestad, que tan

no-

(a) Joann. c. 14. v. 8. *ostendi*

noblemente representaba su persona, y que mantenía con tanto honor su autoridad en Egipto, no deseaba otra gracia, ni otro premio por todos sus servicios, que el de verle: y creía con razon, que este favor era mas grande, que el gobernar el Universo, y el de mandar sobre los mismos elementos: *Si inveni gratiam in oculis tuis, ostende mihi faciem tuam* (a). Y el Hijo de Dios, confirmando esta verdad, dixo á sus Discipulos, que la vida eterna consistía en vér á Dios: *Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum* (b). Por eso San Felipe, instruido en su escuela, no le pidió otra gracia, que la de vér á su Padre: *Ostende nobis Patrem, & sufficit*; porque estaba cierto, de que lo mismo sería verle, que poseerle, y poseyendole, sería infaliblemente bienaventurado. Expliquemos la Teología de este Apostol; y hallaremos, que aunque era todavía Novicio, era ya un Maestro consumado.

Las cosas del mundo no las hacemos nuestras quando las vemos, ni los sentidos que las descubren nos las dan por el hecho mismo de mostrarnoslas. Y así, despues que las hemos visto, huyen de nuestros ojos; y nada nos quedaria de ellas, si nuestra memoria no conservase sus especies. Esta desgracia proviene de un defecto que hay de parte de ellas, y de nuestra parte. De parte de ellas; porque estando revestidas de unos accidentes que nos las ocultan, no podemos jamás ver su substancia. De la nuestra, porque nuestros sentidos, que no son capaces de penetrar aquellas nubes que las ocultan, nunca nos dán un verdadero conocimiento, ni una sólida posesion de

de ellas. Por lo que tenia Seneca razon en decir, que todas aquellas cosas, de que hace tanto aprecio la vanidad, se nos manifiestan, pero no las poseemos: *Ostenduntur istæ res, non possidentur* (a). A mas de esto, tienen ellas tan corto merito y valor, que quando pudieran darse enteramente á nosotros, no podrían satisfacernos, y nuestro corazon, que es mas vasto que el mundo, se hallaria mas sediento con su misma posesion. Es la razon: porque nuestro corazon es criado para un bien infinito, sin que otra cosa menor que él pueda satisfacerle. Y así, toda abundancia, que no es el mismo Dios, le parecería una miserable pobreza, dice San Agustin: *Omnis copia, quæ Deus meus non est, egestas est* (b).

Pero como Dios es un Sér simplicísimo, y por consiguiente infinito, no hay cosa alguna, que nos le pueda ocultar sino su propia luz; y así, con tal que su Magestad ilumine, y fortifique nuestro espíritu, le poseemos, conociendole; y haciendohos su posesion hallar en él todos los bienes imaginables, nos consigue una verdadera dicha. Por este motivo, nuestro Santo Apostol estaba bien fundado, quando decia á Jesu-Christo, que con tal que le mostrase á su Padre, le bastaba: *Ostende nobis Patrem, & sufficit*. Mas aunque era tan instruido en estas verdades, no las conocía todas; y así, su ignorancia dió motivo al Hijo de Dios, para enseñarle una de las mas importantes y menos conocidas: pues explicandole los Misterios de la Encarnacion, y de la Trinidad, le enseñó que el Hijo era una Imagen perfecta de su Padre; y por consiguiente, que quien le viese á él,

veía

(a) Exodi 33. v. 13. (b) Joannes c. 17. v. 3.

(a) Senec. Epist. 110. (b) Aug. lib. Conf.

veía á su Padre: *Pbilipe, qui videt me, videt & Patrem* (a). Y en efecto, el Hijo es el carácter de la substancia de su Padre; por sus grandezas descubre las suyas; siendo un retrato tan acabado, tan perfecto, tan consubstancial de quien le engendró, que nadie puede vér al Hijo sin tener la gloria de haber visto á su Padre.

Mas Jesu-Christo quiso, al parecer, declarar algun otro mysterio por aquellas palabras; esto es, quiso enseñarnos, que el Padre se hacia visible en su misma humanidad; porque sus palabras explicaban sus intenciones, sus milagros hacian resplandecer su omnipotencia, y la magestad que brillaba en su semblante era una emanacion de la magestad de su Padre. Y á la verdad, si el Señor hubiera hablado unicamente de su divina Persona, no hubiera satisfecho el deseo del Apostol; y Felipe pudiera haberle dicho con razon, que respecto de que su divina Persona era invisible, no podia por sí misma manifestar la de su Padre. Y añadiendo otra nueva peticion á la primera, le hubiera conjurado se dignase hacer que todos los Discipulos le conociesen en aquel modo, ò baxo de aquella tendencia en que era totalmente parecido á su Padre. Luego es necesario concluir de la respuesta de Jesu-Christo, que la santa humanidad era tambien imagen del Padre, y que habiendola comunicado el Eterno Verbo su persona, le habia comunicado juntamente la circunstancia de representar á su Padre, respecto de todos aquellos que la mirasen, en quanto lo permite, ò en quanto cabe en la debilidad humana: *Qui videt me, videt*

(a) Joann. 14. v. 9.

*det & Patrem*. Dichoso Apostol, pues, que viendo al Hijo, poseía todo quanto deseaba, pudiendo al mismo tiempo juzgar del poder y de la santidad del Padre por la de su Hijo, de que tenia tantas pruebas. Mas como el deseo de este Apostol nacia de un amor extremado, no le obligaba à solicitar el conocimiento del Padre y del Hijo, precisamente para sí ò por sí, sino para todos los demás; porque le parecia que no le bastaba à él amar à Jesu-Christo, sino que debía procurarle Amantes, y hacerle conocer à todo el mundo, para que de todo el mundo fuese amado. Y así mirad:

#### PUNTO SEGUNDO.

Entre las muchas cosas que distinguen à los santos Amantes de los profanos, la mas considerable es, que estos son zelosos, y no quieren hacer participantes à otros del bien que ellos poseen. Si son ambiciosos, no pueden sufrir haya quien los iguale. Creen que se les quita toda la gloria que no se les dá, y que se les hace injusticia, si à otro se le dá el mismo trato que à él. Si son impudicos, no quieren tener rivales, y su mayor cuidado está en apartar de la presencia del sugeto querido à todas aquellas personas que pudieran hacerse amables de él. Si son avaros, quisieran que todos los hombres fuesen pobres, y que los tesoros que ocultan las entrañas de la tierra, estuvieran encerrados en sus cofres, para que ni aun la tierra misma pudiese tener parte en aquellas riquezas, de que ellos son no menos idolatras que zelosos. Este desorden trae su origen de la miseria y limitacion de todos los bienes terrenos, que no pudiendo separarse sin disminuirse,

no pueden infundirnos su amor, sin hacernos emulos ò zelosos.

Pero como Dios es un bien espiritual, è infinito, que se comunica à muchos sin dividirse, ni minorarse, pues se dá todo entero à cada uno de sus Amantes, produce un efecto totalmente contrario en las almas: porque lexos de sentir la concurrencia de otros partícipes, desean todas ellas esta general participacion, y su mayor deseo está en hacer que este bien infinito sea conocido y amado de todo el mundo. Y así, manifiestan sus perfecciones à todos los pueblos, y corren de Ciudad en Ciudad, y de Reyno en Reyno, para conquistarle Amantes y vasallos. Si. Este era el noble designio de los Apostóles en aquellos viages que emprendian, despues de la Resurreccion de su Maestro. Esta era la recompensa de sus trabajos; y la muerte, por cruel è ignominiosa que fuese, les parecia dulce y honrosa, con tal que lograsen imprimir el amor de Jesu-Christo en el alma de los infieles.

Este fue el primero, y el mas ardiente deseo de San Felipe, despues de su vocacion. Buscaba, sin cesar, sugetos à quienes hacer partícipes del bien que poseia. Deseaba dár à conocer à su divino libertador, y como arrepentido de no tener mas que un corazon para amarle, queria asociarse à otros, para que entre todos desempeñasen esta indispensable obligacion. El fue à buscar à Nathanaél, el explico las perfecciones del Hijo de Dios, y le habló de su Magestad con tal energia, que le infundió su amor juntamente con el conocimiento: *Quem scripsit Moyses in lege, inventimus Jesum* (a). Y como este Doc-

(a) Joann. 1. v. 45.

tór de la Ley, habiendo sabido la patria de Jesu-Christo, le dixese era imposible, hubiese salido un Profeta tan grande de Nazareth; nuestro Santo le respondió en dos palabras, tan llenas de amor y de eficacia, que le empeñó en el servicio de su Maestro: *Veni, & vide*. Ven y lo verás. Como si dixera: nada mas es necesario para amarle, que el verle. Vuestros ojos os persuadirán mejor que mis razones. Y así, despues que hubieressen visto aquella magestad que resplandece en su semblante, sin duda juzgareis, que allí hay un Dios oculto que trata y conversa con los hombres: *Veni, & vide*.

Este Apostol fue tambien, el que estimulado de su amor, introduxo à los Gentiles al conocimiento de su Maestro, siendo entre todos los demás Apostoles el que les abrió las puertas de la Iglesia; porque como la reputacion del Hijo de Dios se hubiese propagado por todo el mundo, pasando por Jerusalén varios Gentiles, fueron al templo con el deseo de verle; y no conociendole, se valieron de nuestro Apostol, quien sirviendoles de introductor è interprete, los presentó al Hijo de Dios, diciendole sus deseos. Esta accion dió motivo à Jesu-Christo para pronunciar aquel admirable discurso, donde comparandose al grano de trigo, que consigue la multiplicacion propia en su misma muerte, obligó à sus Discipulos à esperar, que la de su Magestad sería causa de su gloria, y que su Eterno Padre, que le extraeria del Sepulcro, le daría à conocer à todo el mundo. Apenas hubo acabado estas palabras, quando el Padre para confirmarlas, se explicó por la voz de los truenos, y profirió este oráculo: *Et clarificavi, & iterum clarifica-*

vo (a). Te declaré, y te declararé otra vez por hijo mio.

Quando Jesu-Christo ascendió desde la tierra al Cielo, San Felipe, siguiendo la impetuosidad del torrente de su amor, corrió à Samaria à conquistarle Amantes. Convirtió al famoso Simon el Mago, que habia fascinado à toda la Provincia con sus falsos milagros, obligandole à confesar, que aquel, cuyos Ministros obraban tantos prodigios, era el verdadero Mesías. Es verdad que su ambicion le pervirtió, y queriendo comprar con dineros la gracia de hacer verdaderos milagros, fue arrojado de la Iglesia por el Principe de los Apostoles. Pero este mal suceso no abatió el animo y valor de San Felipe, y como si el Cielo hubiese intentado consolarle en esta afliccion, le envió un Angel, que advirtiendole pasase à Gaza por el camino de Jerusalén, le dió muy buena ocasion de satisfacer su zelo, pues halló en el referido camino al Eunucho è Intendente de la Reyna de Etiopia, y consiguió instruirle, convertirle, y bautizarle. Apenas habia hecho esta conquista en el lugar donde el Angel le habia conducido, le llevó à otro para satisfacer su amor sin duda alguna, y proporcionarle nuevos medios de adquirir nuevos vasallos à su Soberano.

Despues de recorrer toda la Judéa, cuyo recinto le pareció muy estrecho, ò muy incredulo à la grandeza de su zelo, entró en la Scithia, y derritiendo sus yelos con el ardor de su caridad, convirtió à estos pueblos bárbaros, sujetandolos al Imperio del Hijo de Dios.

(a) Johán. 12. v. 28.

Dios. Mas para hacerse cargo de la grandeza de esta empresa, permitió os haga una breve descripcion de este país; y de sus pueblos, con la eloquencia de Tertuliano. Este territorio infeliz no tiene comercio alguno con los demás, y así, no tanto se separa de ellos por la distancia, como por su propia barbarie. Su clima es insoportable à los extranjeros. El Sol los ilumina con disgusto. Su Cielo siempre es cubierto de nubes, y su ayre pestilente: *Daritta in Cælo quæque, dies nunquam patens, Sol nunquam libens, unus aer nebula* (a). De todas las estaciones del año, no se experimenta alli sino el Invierno. No sopla otro viento que el Aquilon, ni se produce en su suelo mas planta que la cicuta: *Totus annus Hybernam, omne quod flaverit Aquilo est*. Los rios siempre se hallan helados, el frio es violento, y jamás se liquidan las aguas sin el socorro del fuego: *Liquoras ignibus redeunt, amnes glacie negantur, omnia torpent, omnia rigent*. Los habitantes son parecidos à su país. Nunca edifican habitacion, pasando toda su vida ò en carros ò baxo de tiendas: *Gentes ferocissima inhabitant, si tamen habitatur in planstro*. El rigor del frio no les obliga à cubrirse, caminan enteramente desnudos, como perdida la vergüenza, pierden todos los sentimientos de la humanidad, no contrahen matrimonios. Las mugeres son entre ellos comunes, y como falta el amor à los maridos, tampoco le tienen à sus hijos: *Libido promiscua, & plurimum nuda*. La mayor parte de las doncellas se hacen quemar ò cortar los pechos, y son de tan feroz condicion, que quieren mas despedazarse, que unir-

se

(a) Tertull. lib. 1. advers. Marcion.

se à un hombre, y pelear en guerra viva, que enamórase: *Nec feminae saxu mitigantur, ubera excludunt, malunt militare, quam nubere.* Pero lo que excede toda creencia es, que los hijos en sus banquetes comen los cuerpos de sus difuntos padres, y al que no le dán esta sepultura, es desdichado è infelíz: *Parentum cadavera convivio convorant. Qui non ita decesserint, maledicta mors est.* Ved aquí los pueblos que San Felipe intenta convertir. Ved aquí los monstruos que domestica. Ved aquí los bárbaros que sujeta al yugo del Evangelio.

Confesemos, Señores, que el amor del placer è de la hermosura, nunca obligó à vencer tan grandes dificultades à sus esclavos, como el amor de Jesu-Christo ha hecho vencer à nuestro Apostol. Confesemos, que el amor à las riquezas nunca hizo emprender tantos viages à los avaros, como el deseo de conquistar vasallos al Hijo de Dios hizo emprender à su Discipulo. Confesemos, en fin, que el deseo de gloria jamás obligó à sus mas ilustres Martyres à correr tantos países, y à sufrir tantos trabajos, como el deseo de extender los límites del Reyno de Jesu-Christo hizo sufrir à su generoso Amante. Pero si es cierto, Señores, que vosotros participais con él de esta ilustre qualidad, ¿por qué no tratais de hacer conocer, y amar al Hijo de Dios? ¿por qué no publicais sus merecimientos? ¿por qué no tratais en vuestras conversaciones de la gratitud que debéis à su bondad? ¿por qué no le procurais servidores? ¿por qué no empleais los talentos que os ha dado en combatir à sus enemigos? y finalmente, ¿por qué no pensais, como nuestro Apostol (segun vereis ahora) en unir la qualidad de Martyr à la de Amante?

PUN-

## PUNTO TERCERO.

El sufrimiento y el amor son tan estrechamente unidos, que no se pueden separar sobre la tierra, y aunque éste no ofrece à sus esclavos mas que placeres, frequentemente no les hace experimentar mas que dolores. El se alimenta de sus suspiros, alivia la sed con sus lagrimas, y se baña en su sangre. Los Poetas y los Filósofos se han tomado un gran trabajo en descubrir la causa de un casamiento tan funesto. Pero asi unos como otros no han imaginado sino delirios para explicar este mysterio. Y asi, es preciso confesar, que solamente la Religion Christiana es la que ha podido darnos su inteligencia: porque el creer con los Poetas, que el amor es un tyrano, es no conocer la esencia de esta passion, que siendo hija de la voluntad, es opuesta à toda violencia. Se nos puede obligar à temer lo que es dañoso, pero no se nos puede obligar à querer lo que nos es desagradable. El persuadirnos con los Filósofos, de que el amor es una passion inquieta y violenta, enemiga de la razon y del reposo, y que hace miserables à todas las personas à quienes posee, es tener una opinion muy infelíz del amor; es considerar unicamente sus malas qualidades. La Religion Christiana juzga del amor mas santamente, quando dice, que despues que el pecado se mezcló con la naturaleza, se mezcló tambien el dolor con el amor, y que siendo miserables los hombres, despues que se hicieron delinquentes, la mayor parte de su vida se pasa entre trabajos, y todos los placeres del amor están acompañados del temor, de los zelos, y del dolor.

Pero quando los males no fueran tan comunes,

co-

mo son en el mundo, quando fuese suficiente un poco de prudencia para evitarlos, el amor mismo los buscaria con el mayor empeño. Y como sabe, que lo mas difícil de sufrir, è de vencer, es el dolor, lo abrazaria como un medio muy oportuno de manifestar su valentía. Por este motivo el Verbo Eterno, vistendose de nuestra carne, se cargó con nuestras miserias, y quiso sufrir muerte de Cruz, para asegurarnos del exceso de su amor: pues como dice S. Pedro Chrysologo: *Amor probatur passionibus*. Las señales mas ciertas de esta passion, no son los servicios, ni las dadas, las sumisiones ni las complacencias, sino los sufrimientos y los tormentos. Por eso todos los verdaderos Amantes del Hijo de Dios buscan las ocasiones de manifestar su amor en los dolores, y darle pruebas de su fidelidad, que no sean ni sospechosas ni equivocadas. A mas de esto, la misma Cruz que les dió la vida, les ha inspirado el deseo de morir por quien se la dió en ella. De modo, que no parece sino que Jesu-Christo, concibiendo à la Iglesia entre dolores, imprimió el amor de ellos à todos sus hijos. Y así, no hay de que admirarse, si estos siguen las huellas de su Padre, y las inclinaciones de su nacimiento, y si habiendo salido del costado de un Dios crucificado y moribundo, tienen amor à la Cruz, y aun à la muerte. Por este motivo, era este el mayor deseo de San Felipe. No buscaba, à la verdad, sino una ocasion honrosa para dár la vida por servir à su Maestro, y añadir la gloriosa circunstancia de Martyr, à la de Amante.

Vos sereis satisfecho, Apostol generoso; y como fiel amante de Jesu-Christo, vereis cumplidos vuestros ardientes deseos. Sí. Pues respecto de que la Scithia os ha caido en suerte, encontrareis verdugos, que

que probarán vuestra paciencia, y exercitarán vuestro valor. Quando arribó à ella el Santo Apostol, tuvo muy presente todo quanto podia animar contra él à estos pueblos barbaros: y así se burló de los Dioses que adoraban, rompió sus idolos, trastornó sus altares, y no consultando mas que à su zelo, hizo quanto era posible para irritar à aquellas gentes contra él. Mas viendo que aquellas Naciones se convertian, que persuadidos de sus razones, admirados de sus milagros, y edificados de sus virtudes, le recibian como à un Apostol, y le reverenciaban como à un Angel, fue à buscar en la Frigia lo que no habia podido hallar en la Scithia.

Allí, Señores, encontró Felipe todo quanto deseaba, porque los Filósofos, mas crueles que los barbaros, descargarom todo su furor contra su humilde persona. Inventaron nuevos suplicios para fatigar su paciencia. Se hicieron ingeniosos para atormentarle, y despues de haber empleado lo mas fino y exquisito, que habian aprendido en la escuela de la crueldad, fueron de parecer, que respecto de que predicaba à un Dios crucificado, fuese tambien crucificado él. ¡O Dios! qué de ultrajes, y de tormentos no le hicieron sufrir en aquel patibulo! ¡con cuánta multitud de clavos no traspasaron sus pies, y sus manos! ¡con cuántas heridas no llenaron su inocente cuerpo! ¡y con qué sangrientas injurias no intentaron obscurecer su virtud, y reputacion! Mas viendo que toda su crueldad no conseguia otra cosa, que la de hacer mas brillante su dulzura, y su paciencia, que su voz moribunda convertia à los pueblos, que este Predicador crucificado persuadía con sus mismos dolores à los que no habia podido vencer con sus discursos, ni admirar con sus milagros;



echaron mano à las piedras, y disparandolas contra su cabeza, le proporcionaron el medio de satisfacer su amor, y acabar su sacrificio. Asi padeció, así murió este divino Amante, que nos llenará algun dia de confusion, porque siendo instruidos en una misma escuela, no tenemos los mismos sentimientos que él tuvo; porque poseídos de su exemplo, no hemos tratado de conocer à Jesu-Christo, de hacer que otros le conozcan, ni de sufrir por la gloria de este Señor, que padeció y murió por nuestra salvacion. Pero completemos nuestro designio, y respecto de que la Iglesia solemniza en un mismo dia à dos Amantes, no los dividamos en nuestros discursos; y así, despues de haberlos manifestado las luces, el zelo, y los sufrimientos del primero, permitid que ós represente las oraciones, los ayunos, y la dulzura del segundo.

#### PRIMER PUNTO DE LA SEGUNDA PARTE.

La oracion es un efecto del amor, y el amor un efecto de la oracion. Estás dos virtudes se dan mutuamente la vida, y el vigor. Nacen la una de la otra, y se dan las manos para defenderse de sus comunes enemigos. El que sabe bien orar, sabe ayunar bien; y el que sabe bien ayunar, tambien sabe bien orar. La oracion no es mas, que una conversacion amorosa, que nos levanta al Cielo, y nos separa de la tierra; que nos une al Criador à proporcion que nos desvía de la criatura, y que en llegando à lo sumo de la perfeccion, nos transforma dichosamente en aquel con quien hablamos. Y así, orar à Dios, es amarle; porque el amor y la oracion producen un mismo efecto, y una y otro nos hacen

à

à Dios semejantes. El amor, es tambien el alma de la oracion, porque nos hace pensar en lo que nos hace amar; porque es el origen de todos aquellos deseos que nos elevan à Dios, y porque mantiene aquel santo comercio, que es el alma de la oracion. Por eso dixo San Agustin con mucha gracia, que quando el Apostol nos mandaba orar continuamente, nos ordenaba estar amando sin cesar, porque el amor es inseparable del deseo, y un deseo continuo es una oracion perpetua: *Continuum desiderium, continua oratio.*

Es tan verdadera esta maxima, que hasta los mismos pecadores la conceden, porque siempre están pensando en lo que aman: sus pensamientos hacen nacer sus deseos, y estos llevan sus corazones, y sus voluntades ácia el objeto de su amor. Un ambicioso no se divierte, ni habla sino de honor, y de gloria. Este idolo está sin cesar en su imaginacion, y que duerma ò que vele, no piensa ò no sueña sino en los medios de adquirirle. Un Filosofo consagra à las Ciencias todos sus pensamientos y deseos, trabaja dia y noche, por poseer à los que poseen à su espíritu. Consume su vida sobre los libros, y vence todas las penas que es necesario tolerar, para conseguir las gracias de una Maestria tan dificil. Pues ahora: como los amantes de Jesu-Christo tienen un objeto mas noble, y mas elevado, ponen tambien mas cuidado en aplicarse à él. Y así, su alma está siempre unida à Dios por la oracion. Este exercicio dulcifica sus tristezas; esta inocente magia los levanta al Cielo, ò atrahe al Hijo de Dios sobre la tierra. Por cuyo motivo, à pesar de su separacion, hablan, tratan, y conversan familiarmente juntos.

Pero entre todos los amantes que mas se aprovecha-

Aa2

cha-

charon de esta ventaja, fue Santiago el Menor. Toda su vida era una oracion continua. La mayor parte del dia la pasaba en el Templo. Su piedad le habia conseguido la permission de entrar en el Santuario, y conferenciar con Dios en aquel lugar donde su Magestad daba en otro tiempo sus oraculos. Estaba de rodillas todo el tiempo que duraba esta santa ocupacion. La familiaridad que tenia con Dios, no le habia hecho perderle el respeto; y aunque era su amante, nunca se olvidó de que era su esclavo. Este humilde y penoso exercicio habia endurecido de tal manera sus rodillas, que eran semejantes à las de un Camello; pero habia llenado su espíritu de tantas luces, y le habia inflamado con tantos ardores, que mas parecia Angel que hombre. Amemos, pues, Señores, si queremos orar bien: oremos, si queremos saber amar, y persuadidos del exemplo de este gran Santo, tengamos por cierto, que si no hacemos progresos en la oracion, es porque no adelantamos en la caridad; porque se habla con gusto de lo que se ama, se suple la desdicha de la ausencia con el comercio de los pensamientos, y se desapega de todas las cosas, por tratar mas libremente con los amigos ausentes. Este era el santo artificio de este grande Apostol; y para que el cuerpo no le quitase la libertad al espíritu, le domaba con el ayuno, y trataba de hacerle agradable à Dios por la penitencia, que es la segunda circunstancia de su agigantada virtud. Y así mirad:

## SEGUNDO PUNTO.

Aunque el amor profano se empeñe en remedar al amor divino, obligando à sus Martyres à affigirse, y à padecer por ganar las albricias del objeto que aman,

aman, no por eso dexa de ordenarles al mismo tiempo el cuidado de sus cuerpos, como poderoso medio que los hace mas agradables: porque como esta passion entra en el corazon por los ojos, se conserva por la misma causa de donde nace, y como debe su origen à la buena disposicion, y hermosura del cuerpo, pone toda diligencia para conservarla y aumentarla. De donde nace, que los hombres y las mugeres que se aman, tienen siempre gran cuidado de sus cuerpos, persuadidos de que todo quanto puede contribuir à su adorno, puede ser favorable à su designio, y à conservar la amistad. Sobre todo las mugeres, como saben que su belleza les alcanza el imperio sobre los hombres, son tan zelosas de ella, que no tienen otro idolo; y así, no las contiene ni la conciencia, ni el honor para dexar de conservarla, ò de aumentarla. Esta es aquella passion, que las obliga à buscar aquellos adornos que realzan su hermosura, y que según el sentir de Tertuliano, las estimula à consultar à los demonios, para hacerse mas agradables à los hombres. Y en efecto, solamente estos espíritus impuros son los que las han enseñado à pulir los diamantes, para darles brillo, à barrenar las perlas para componer redes ò cadenas, à mezclar los colores por una especie de adulterio, à servirse de los betunes para corromper su rostro, y juntamente su castidad. En fin, el desco (por el contrario) de agradar à las mugeres, es el que ha obligado à los hombres à desmentir su condicion, à buscar femeniles adornos en sus vestidos, à rizar y pulverizar sus cabellos, à pintarse la barba; y para decirlo de una vez, à volverse semejantes à aquellas, de quienes son esclavos y amantes.

Mas los Santos que quieren agradar à Dios, toman

man un cámino enteramente diverso : porque como saben que Dios es puro espíritu , que aprecia unicamente en nosotros lo que tenemos semejante à él , desprecian su cuerpo , y ponen todo su cuidado en el alma . Y así doman el orgullo del primero , y para quitarle aquel amor desordenado , que es el origen de todas sus desdichas , debilitan sus fuerzas , y borran su buen parecer . Quando Judith intentó hacerse agradable à Holofernes , y triunfar de este Tyrano , que había triunfado de tantas naciones , puso todo su cuidado en realzar su hermosura , por medio de todos aquellos adornos , que la pudiesen hacer brillar . Mas quando para prepararse à la victoria quiso aplacar la ira de Dios , afligió su cuerpo con ayunos , cubrió su cabeza de ceniza , cargó à su cuerpo con un sílicio , y juntando las lagrimas con los ruegos , hizo quanto era posible para disminuir la belleza , que la naturaleza la había concedido . Los Santos amantes de Jesu-Christo usan del mismo artificio . Se hacen agradables , haciendose de mal aspecto ; causan la compasion de Dios , por las penitencias que se imponen : *Caelum invidia tundimus*, dice Tertuliano (a) ; desfiguran sus cuerpos , y le enflaquecen con largas austeridades , à fin de que estos vivos esqueletos satisfagan à la justicia de Dios , y recobren aquellas buenas gracias , que habian perdido por el excesivo amor de su delinquente hermosura .

Y en esto fué singularísimo Santiago el Menor . Es cosa cierta , que hubo poquissimos Santos en la Iglesia de Dios , que tratasen à su cuerpo con el rigor que él trató al suyo , ni que hagan tantas pruebas

(a) Tertull. lib. de penitent.

bas de su amor à Jesu-Christo , en el desprecio de su carne . Se acostaba sobre la desnuda tierra , sin tener otra almohada que un guijarro . Velaba toda la noche , y la pasaba en oracion . De modo , que aunque este santo exercicio era por una parte el consuelo de su alma , era por otra el suplicio , y mortificacion de su cuerpo . El ayuno le era tan familiar , como que había empezado à practicarle en una edad , en que los demás no entienden , ò no han oído su nombre . Jamás bebió vino , ni otro alguno de aquellos licores , que mas se inventaron para el placer , que para la necesidad . Nunca se cortó el cabello ; y buscaba el horror y la negligencia , donde otros procuran la gracia y la hermosura ; manifestaba publicamente el deseo que tenia , de que todo quanto hubiese en su cuerpo , contribuyese à la mortificacion y penitencia . No usó jamás de los baños , que eran en aquellos tiempos tan comunes ; y menospreciando las delicias mas inocentes , dió à entender à todo el mundo , que su intento era el de agradar al Hijo de Dios , por el odio y menosprecio de su cuerpo . ¡ Ah !

¡ Quán lexos estamos nosotros de estas santas disposiciones ! ¡ quán rara es la penitencia en un siglo , en que los hombres y las mugeres no hacen otro estudio , que el de mantener un impuro comercio , por el cuidado extremo , y desordenado amor de su carne ! ¡ y quán escaso es el deseo que éstos tienen de agradar à Dios , respecto de que tanto cuidado ponen en agradar à las criaturas ! ¡ quán poco amor por su alma , pues lo tienen tan excesivo à su cuerpo ! y finalmente , ¡ quán indignos son de la qualidad de amantes de Jesu-Christo , respecto de que no saben todavia lo que agrada ò desagrada à su Magestad ! Aprended (à pesar de vuestra confusion) , aprended de

de los Filósofos, yá que no queréis aprender de los Apostoles, que aun para seguir el amor à la sabiduría, es preciso hacer guerra al cuerpo: *Qui sapientiam amat, odit corpus* (a). Aprended de San Agustín, que para ser amigo de Jesu-Christo, es necesario ser enemigo del cuerpo: *Amans Christi osor carnis*. Aprended, en fin, de Tertuliano, Señoras mías, que si deseais agrádar à Dios, es preciso que hermoseeis vuestra alma, y menospreciéis vuestro cuerpo: que cojais el colorido del pudor, la blancura de la pureza, los polvos de la mortificación, para que adornadas ò pintadas en esta conformidad, tengais por amante al hijo de Dios. Este es el inocente artificio, con que Santiago adelantó en el amor divino; pero la perfeccion y complemento le adquirió, como vereis ahora, en el amor de sus enemigos.

A la verdad, no hay virtud en el Christianismo tan opuesta à nuestras inclinaciones, como el olvido de las injurias, y el perdon de nuestros enemigos. En la práctica de otras virtudes nos ayuda la misma naturaleza. La vanidad nos dá fuerzas, para vencer nuestra repugnancia; y es tan poderoso esté socorro, que creyó San Agustín que habia hecho vencer en los infieles tantas dificultades la vanagloria, como la caridad en los Martyres: *Charitas divina fortitudo Christianorum, cupiditas humana, fortitudo Gentilium* (b). La caridad no necesita hacer grandes esfuerzos, quando se trata de amar à nuestros proximos, ò à nuestros amigos: porque siendo los primeros una parte de nosotros mismos, parece que quando los amamos, amamos nuestra propia sangre.

Los

(a) Seneca. (b) Aug. lib. de vita Inocenc. cap. 105.

Los segundos, son las obras de nuestra inclinacion; y asi, todo aquel que los ama, júzga que ama à los mas queridos hijos de su propia voluntad. Por eso, nos dice nuestro Señor en su Evangelio, que no tenemos un gran merito en hacer lo que tambien practicaban, y practican los infieles: *Nam & Ethnici hoc faciunt*. Pero el amor de los enemigos es tan opuesto à nuestro amor propio, que sin un particular socorro del Cielo, es imposible conseguirlo. La codicia es debilissima para vencer tan poderoso enemigo, y si alguna vez tiene bastante artificio para disimular su odio, no es bastante generoso para ahogarle ò extinguirle.

Esta victoria, pues, está reservada para la caridad, que hace, al parecer, el esfuerzo mas prodigioso, quando obliga à un Martyr à sacrificar todos sus resentimientos, y à pedir la salvacion de sus verdugos. Sin embargo, es la mas comun inclinacion de esta virtud, y quando llega à reynar en el corazon de un fiel, su primer movimiento es olvidar las injurias, y perdonar à sus enemigos. El Hijo de Dios fue, sin duda, el que inspiró este deseo à los Christianos, quando los engendró en la Cruz: pues asi como las madres imprimen muchas veces en los cuerpos de sus hijos, en el momento de su concepcion, ciertas señales de sus deseos ò antojos, asi Jesu-Christo imprimió en el espíritu de los suyos algunos caracteres de los deseos que le ocupaban en aquella hora del nacimiento de ellos, y de la muerte de su Magestad: porque, interin nos concebía en sus llagas, nos formaba con su sangre, y quando con cuchillos de dolor nos arrancaba de sus entrañas, suplicaba al Eterno Padre por la conversion de sus verdugos, è inspiraba esta inclinacion à sus hijos.

Tom. II.

Bb

Y

Y como Santiago fue uno de los primeros y mas ilustres, no hay que estrañar haya imitado con tanta perfeccion à su Padre, ò que el amor que le tenia, produxese en su alma el amor à sus enemigos; que como un eco fiel repitiese aquellas ultimas palabras, que pronunció Jesu-Christo al espirar en la Cruz, y que en medio de sus tormentos pidiese la gracia para sus verdugos: *Ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.* Y de hecho, Señores, es preciso que la caridad reyne bien absolutamente en un hombre, para que entre las injurias y los dolores ahogue los sentimientos de la venganza; para que sea un abogado de sus mismos enemigos; para que emplee la sangre que ellos sacan de sus venas en conseguir el perdon de su violencia; y que abandonando sus intereses, solo piense en la salvacion de aquellos que le quitan la vida. Este es, Señores, el generoso esfuerzo que hizo el amor de Jesu-Christo en el alma de nuestro Bienaventurado Apostol. Todo su cuerpo estaba cubierto de heridas, nadaba en su propia sangre, y à donde quiera que volvia sus ojos, no veía sino hombres rabiosos, que le llenaban de injurias y de golpes. Sin embargo, el amor que tenia à su Maestro, le obligaba à perdonarlos. Pero no he dicho bastante; este amor, vuelvo à decir, le obligaba à amarlos, à abogar por su causa, à excusar su furor, y à pedir su gloria.

Imitad, Señores, una accion tan generosa, que vosotros mismos aplaudís y honrais en este dia; imitad un sacrificio de amor que os causa gustosa admiracion; imitad una virtud heroyca, que no es de consejo, sino de precepto riguroso; y pues el cumplimiento de la Ley de Jesu-Christo os pide amor, trabajad en adquirirle, pedid à nuestros gloriosos

Apos-

Apostoles; conjurados, para que os hagan Amantes del Hijo de Dios. Y si no pudieris morir como San Felipe, tratad de conocer à Jesu-Christo, y de darle à conocer à los demás. Si no podeis orar y ayunar como Santiago, perdonad à vuestros enemigos; y respecto de que no hay salvacion sin amor, amad sobre la tierra, si queréis reynar en el Cielo, adonde os lleve Jesu-Christo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive, y reyna por los siglos de los siglos. Amen.

